

nombre de la persona que me recibió con tanta afabilidad, y cuando, en estos últimos tiempos, me apostrofó el hijo, en uno de sus escritos, con una palabra inícuca é injuriosa leí el ultraje y callé; pues en el hijo solo ví el padre y la madre: « Herirme puedes si te place, exclamé al leer el nombre del joven escritor en la parte inferior de la página, que no me defenderé contra tí, pues mas que una criatura humana, eres á mis ojos un título de respeto y reconocimiento, y no violaré para defenderme la veneracion que á tu nombre debo. »

XXVII

Pronto despues pasé algunas horas memorables para mí en la intimidad de M. de Serres, que hubiera llegado á ser el verdadero Demóstenes de la Restauracion, si no hubiese interrumpido la Providencia su carrera oratoria.

A la sazón era yo secretario de embajada en Nápoles, y, caído del ministerio, acababa de recibir M. de Serres por retiro esta legacion. Encargado de iniciarlo en los acontecimientos suscitados por la revolucion de Nápoles y Piamonte, lo hallé como siempre lleno de sencillez en la verdadera grandeza, y un orgullo secreto me inundaba al oír en la intimidad esa voz que habia vibrado elocuente en el vasto ambito de la Europa entera. Pero en aquel

entónces se hallaba estenuado por la lucha. Su respiración anhelosa, las gotas de sudor que chorreaban por su frente teñida empero por cierta rubicundez enfermiza, me daban el presentimiento de una corta vida. Almorzé, despues de la conferencia, con el célebre orador que partió para no volver mas. Víctima de la elocuencia, le sobrevivirán sus acentos, los mas inflamados que desde Vergniaud ha oído la tribuna francesa. Su voz abrasaba, porque su propio pecho abrigaba un incendio puro de elementos humanos. M. de Serres anhelaba ver la honradez y la libertad, cimentadas una por otra en la dinastía de los Borbones regenerados por la sangre de Luis XVI. Este pensamiento de su edad madura, lo era tambien de mi adolescencia; pero el ilustre orador murió afanoso en su obra, la cual pereció con el artífice bajo la acción destructora del tiempo.

XXVIII

Durante mi viage á Paris, llegué á conocer á uno de esos hombres que, por su originalidad poderosa, no pueden formar grupo con nadie, constituyendo simétricamente en sí un género de grandeza moral é intelectual que no se puede clasificar en categoría alguna. Tal era M. Royer-Collard, filósofo por naturaleza, orador por reflexión, hombre de estado por ocio. Considerándome como un discípulo, toméme

bajo su proteccion, y me ofreció su casa que comunicaba con las calles estudiosas del Luxemburgo.

M. Royer-Collard se hallaba en aquel entonces separado de ese reducido grupo político de discípulos que se habian apoderado de sus doctrinas, y hecho de su nombre un escalon para llegar á la soberanía. De cuantos hombres he conocido, á ninguno he visto desdeñar á tal grado la opinion del vulgo, pues el desprecio era su poder y rayaba en lo sublime. Mi aislamiento y separacion completa de todos los partidos gustó sobremanera al anciano, cuya frente calva, magnífico entrecejo, ojos profundos y cristalinos, labio inferior levantado por el desprecio habitual, voz grave y lenta que parecia destilar las sílabas al pronunciarlas, daban cierta autoridad física á su persona, en términos que me parecia conversar con un antepasado.

Manifestóme no poco afecto, tanto por mi desinterés de sistema, cuanto por mi aislamiento de los bandos políticos, y hasta su muerte guardé las mejores relaciones con ese varon de antigua raza, si bien sin tomarlo por modelo, pues nuestras naturalezas, no menos que nuestras edades, ofrecian pocos puntos de contacto. Así M. Royer-Collard era amigo de discutir, y yo de obrar; su estilo en la tribuna era esencialmente lapidario, mientras que yo contribuia con la primera expresion que prestaba á mis labios un corazón conmovido. Los discursos de aquel férreo orador, no eran discursos sino oráculos redactados, en una especie de álgebra elocuente, que, difíciles

de comprender á la primera lectura, excitaban una admiracion tanto mayor cuanto mas se leian, pues habia un abismo de reflexion en cada frase. Tal hubiera hablado Pascal si hubiese sido orador político. Así la Europa y la posteridad contarán á M. Royer-Collard entre los perfectos escritores de tribuna que han agitado las cuestiones de la época. Muchas de estas frases han quedado como máximas de lengua, y mas de una arenga como monumento de nuestra literatura.

Cuanto mas medito sobre la índole de este varon de antaño, mas me conuenzo de que es difícil hallar otro igual en la vida, á menos que sea en la historia ó en las bibliotecas.

M. Royer-Collard, su amigo M. Lainé y el famoso naturalista Cuvier, se concertaron entre sí, sin comunicarme su resolucion, con el objeto de hacerme entrar en la Academia francesa.

XXIX

Cada vez que volvia á Paris, el deseo ó el acaso me hacian conocer á algunas de las celebridades recientes durante la fértil época trascurrida desde 1820 hasta 1830.

Jamás olvidaré mi primer encuentro con Victor Hugo, á quien M. de Chateaubriand denominaba el niño sublime.

Algunos de sus hermosos versos habían halagado mi oído, como un metal de voz que me recordaba la deliciosa melodía de Racine. El duque de Rohan su amigo y admirador, me propuso ir á ver la maravilla. Aun me parece presenciarse la escena, el lugar y el día.

Me acuerdo que nos internamos en una calle desierta y vetusta en los alrededores de San-Sulpicio, y después de haber atravesado un patio, entramos en un aposento oscuro, situado en un piso bajo y en el fondo de un corredor. Una puerta abierta dejaba ver una sala de estudio, y una mujer de cierta edad, vestida con la severidad de una dueña, en cuyo rostro podían leerse las desazones de la viudez y la ternura maternal, se hallaba ocupada en educar á sus hijos, quienes, en torno de una mesa ó sobre el regazo materno, recitaban su lección ó escuchaban dóciles las amonestaciones de la viuda. Levantóse ésta al oír nuestros pasos, acogió con respeto al duque de Rohan, inclinóse ligeramente al oír mi nombre, y nos abrió otro aposento en el que trabajaba solo su hijo Victor, cuya rizada cabellera hacia adherir á su inmensa frente la humedad de la inspiración. La palidez de la poesía fulguraba en sus sienes, y su voz de adolescente poseía la grave emoción de las robustas fibras de la edad madura. Nuestra conversacion fué la que debía ser, la de dos compatriotas oriundos de un mundo superior que hablan la misma lengua y se encuentran en un país extranjero, esto es, en el mundo vil de la prosa. El decoro

abrevió mi visita, bastándome por otra parte haber visto al niño sublime, pues los poetas en su oscuridad son tan misteriosos como los ríos en su nacimiento.

Non licuit populis parvum te Nile videre! (LUCANO.)

XXX

Algunos años después se hallaba extendida su fama; y, ya esposo, veía más de una cuna balancearse en torno de su hogar. A la sazón aproveché yo de una licencia diplomática, para pasar algún tiempo en mi casuchón apenas reparado en el valle de Saint-Point, contiguó mis montañas nativas, cuando un día veo bajar por escarpados caminos, rodeados de castañares, un séquito de viajeros, hombres, mujeres y niños: unos á pié, otros en mulas. No tardó lo caravana en llegar al pié arenoso de las montañas, costear el río, atravesar los prados y trepar por la eminencia del castillo. Componíase de Victor Hugo y Carlos Nodier, seguidos de sus lindas mujeres y hermosos niños, quienes, dirigiéndose á Suiza, venían á pedirme la hospitalidad por algunos días.

Carlos Nodier era el protector nato de toda gloria, y su elemento era un entusiasmo continuo, pues se sentía al nivel de las cúspides más elevadas. Su indolencia le impedía producir obras perfectas, si

bien su capacidad igualaba á su admiración ; y naturalmente apático en materia de producción, se contentaba con jugar con su genio como un niño con los diamantes de su madre, prodigando como la arena las piedras preciosas.

Esta incuria de opulencia lo constituía el Diderot de nuestra época, salvo la declamación y el charlatanismo. Nuestra afección recíproca estribaba menos en nuestros talentos que en las efusiones íntimas de nuestros corazones, pues Nodier era uno de esos hombres que forman parte integral del hogar doméstico, un genio familiar si es lícito expresarse así, un confidente de todas nuestras almas, cuya pérdida resuena más dolorosamente en el corazón que la de las mayores nombradías.

Mientras jugaban en la huerta las mugeres y los niños, nos paseábamos Hugo, Nodier y yo á la sombra de los bosques, saboreando el murmullo del viento, la frescura de los manantiales, el silencio del valle y el idioma balbuciente de los versos futuros que dormían ó cantaban dormitando en nuestras imaginaciones juveniles, como tiernos infantes en el regazo materno.

La caravana poética volvió á tomar su camino en la dirección de los Alpes, y yo la seguí con los ojos hasta verla desaparecer más allá de las montañas. Desde tan amena visita quedó cimentada nuestra amistad, sin sufrir el menor menoscabo procedente de las vicisitudes domésticas, diferencia de opiniones políticas y sacudimientos revolucionarios :

cosas todas del dominio del tiempo y transfigurables con este, mientras que la amistad y la poesía forman parte de las cosas eternas, existentes en la misma ciudad de Dios, en la cual no se puede entrar sin haber sacudido el polvo de las ciudades terrestres.

XXXI

En aquel entonces despuntó otro poeta que, bajo el nombre de Alfredo de Vigny, cantó con formas nuevas, poemas *non prius audita* en Francia. Las espumosas olas que lamen apacibles las playas de Escocia, son menos melodiosas que sus versos, y su Moisés recuerda el cincel de Miguel Angel. Alfredo de Vigny es uno de esos hombres sin mancha que se aíslan en la poesía para evitar el choque soez de la muchedumbre que todo lo atropella. Mi amistad para con tan noble poeta fué siempre pura como un cielo despejado, tal como su talento, en el cual parece distinguir la vista horizontes sin fin de éter azulado y cristalino.

También apareció otro poeta á quien amé, de quien fué amado, si bien en el día me tiene desterrado de su corazón. Tal fué M. de Sainte-Beuve, cuyas poesías intituladas *Consolaciones*, objeto de la fisga de tantos críticos, ofrecen una serie de versos que, si bien algo extraños, son tal vez los más penetrantes que ha visto la lengua francesa desde que

hay personas que tienen el don de llorar en Francia. Lo que es yo no puedo releerlos sin enternecimiento, ¿y acaso no sobrepuja al deslumbramiento de la mente la efusión íntima del corazón? Si Wérther hubiese escrito un poema la víspera de su muerte, no creo hubiese legado á la posteridad estrofas mas vehementes y plañideras. Tal vez podrán objetar que semejante poesía arguye un estado enfermizo; ¿pero acaso la dolencia mórbida no es un estado del alma acreedor á una poesía peculiar y á un poeta correspondiente? Sainte-Beuve es el poeta del estado nostálgico del alma en la tierra, cuyas páginas no me saciaré de leer yo que entre los enfermos me cuento, mientras lo toman por ludibrio ciertos ánimos groseramente robustos.

Desde entonces ha vuelto á escribir nuevos versos, pero sobretudo ha comunicado á la prosa inflexiones sutilísimas, contornos peregrinos, giros inesperados de expresión, circunlocuciones relamidas, frases alicatadas, períodos primorosos en demasía, toques de una tenuidad exquisita, rasgos de un esmero excesivo que hacen asemejar su estilo á esos cuchicheos inarticulados entre seres cuya sola lengua fuese el tacto.

Sainte-Beuve parece escribir con una lente aumentativa é instrumentos tan delicados, que le permiten trazar mundos enteros en una brizna de yerba y reducir á una miniatura microscópica el corazón humano; así es el Rembrandt de los semiclaros, de las medias tintas y degradaciones luminosas, y á

fuerza de analizar la sensación ha llegado á afeminar el estilo.

Mas adelante cambió rápidamente de pluma, como trueca su instrumento el lapidario según desea trazar en el ónice letras mayúsculas ó minúsculas; y lo vimos escribir en el estilo sencillo, claro y sólido, ora en hueco, ora en relieve, magníficos *Estudios* que elevan la crítica literaria hasta la altura de la historia. ¿Quién sabe que metamorfosis aguarda aun á ese escritor, á quien transfiguran los años en lugar de petrificarlo? M^{na} Récamier lo idolatraba, lo cual no debe sorprender si se considera que, en un gremio compuesto de Ballanche, Briffaut, el duque de Noailles, Chateaubriand, Ampère y M^{na} de Girardin, glorias familiares de su salon, difícil hubiese sido encontrar una persona cuya plática fuese mas amena y sabrosa. ¡Cuanto echo de menos esa conversación brillante, el mas inédito de todos sus libros y el que mas mella deja en la memoria!

XXXII

Otro ingenio vigoroso, de una naturaleza mas iniciadora y productiva se presentó dos veces en mi camino; mas en vano me hubiera esforzado en detenerlo, pues mas que un hombre parecia un espíritu, cuyas apariciones eran tan raras como inopinadas. Tal era Balzac.

La primera vez que lo ví fué en casa de M^{ma} Emile de Girardin, en uno de esos convites de reyes y vasallos que reunia á su mesa. Allí se sentaban Victor Hugo al lado de Alejandro Dumas, igual á todo lo que intenta; Balzac demasiado poco apreciado durante su vida y ocultando, como el primero de los Brutos, su genio apenas sospechado bajo el ruidoso reir de un niño; Eugenio Sue al lado de Julio Janin, el solo critico lírico despues de Diderot, pero mil veces mas poético y mas improvisador que éste; Teofilo Gautier, Cabarrus, Morpurgo, el donoso d'Orsay, cuya seduccion intelectual superaba á las gracias de su persona, y cuya vida parecia no tener mas fin que implorar la indulgencia por algunos desvarios de juventud; en fin yo mismo silencioso en medio del ruido de esas pláticas tan sabrosas.

No hace mucho que dirigí al conde d'Orsay estos versos, casi inéditos, sobre un busto que de mí hizo y que habia esculpido sin noticia mia.

AL CONDE DE ORSAY.

Cuando el bronce espumante en tu molde de arcilla, legará, trabajado por tu mano, mi frágil imágen á los ojos indiferentes de los que aun no han nacido; y, cuando pasarán sus dedos las generaciones futuras en esas surcadas sienes, como un cauce que seco y devastado se muestra por el torrente de ideas que

impetuoso lo invadiera, atónitas y dudosas se preguntarán entre sí: ¿A quién perteneció esa frente?

¿Tal vez á algun soldado que impávido sucumbiera por la patria, ó bien á un poeta canoro ó á deprecatorio pontífice? ¿Es tal vez la frente de un tribuno de paz, sublevado por la plebeya ola, y cuyo corazon ebrio de amor y entusiasmo, lo impeliera á presentar su desnudo pecho á la turba para que la libertad pudiese remontar pura á los cielos?

Pues en esa planta que lucha y en esa frente vibrante, en esos labios ígneos que un soplo de libertad entreabre, en ese corazon que salta impetuoso, en ese severo gesto, en ese arca que sublima el éxtasis dentro del seno, en ese brazo que impera, y en ese ojo que sueña, supo esculpir Fidias siete almas en el bronce.

¡Siete almas, ó Fidias, y ni una sola yo tengo! Víctima y heredero del hado infausto que pesara en todo á cuanto sobrevivo, la saña del tiempo rompió el arma en mis manos, arma cuyos fragmentos voy sembrando en la via que á la tumba me impele, mientras que clama el siglo estólido: « ¡Cómo cae en medio del combate cada uno de los combatientes!

« Ese cantara á Dios, mas la idolatría contaminó su sér, y los grandes lo prostituyeron y entregaron al ludibrio de la vocinglera muchedumbre. ¿Porqué conservastes en nuestras venas nuestra sangre patricia, que hubiera maculado infamando la garra popular?... Y entretanto ruge colérico reclinado el